

eternidad, tan repulsivo para criaturas deseosas de conservar á cualquier precio la vida. Pero tal es la fatalidad que reina sobre nuestro pobre mundo: aquellas gentes, poseedoras de cuarenta mil armas puestas sobre su cuerpo, y que con sólo quererlo hubieran podido exterminar á sus exterminadores, dirigíanse al carnicero, que tenía en sus manos el cuchillo de la inmolación y en sus labios la sentencia de muerte, aclamándole con aclamaciones fragorosas, próximos al supremo último trance y por lo mismo ajenos á todo cuanto en rededor suyo pasaba. Así dijeron:

— ¡Buenos días, César! — en clamor estruendoso.

— ¡Salud! — les dijo Claudio.

— ¿Salud ha dicho? — preguntaron los unos á los otros después de haber oído tal palabra.

— ¡Sí, sí! Ha dicho salud.

— ¡Pues entonces — exclamaron algunos corifeos, — nos ha perdonado!

— ¡Sí, sí! Os ha perdonado — dijeron á gritos los grupos que circulaban en el espectáculo á Séneca y á Lucano.

— ¡Perdonados! ¡perdonados! — gritaron los cuitadísimos con alegría que no se puede comprender sino por quienes, hallándose al borde obscuro del sepulcro, recobran la luz y la vida.

— ¡Echemos nuestras armas! — dijeron algunos de los condenados, desasiéndose de las que llevaban.

— ¡Echémoslas!

Y apenas lo habían dicho cuando lo habían hecho, rodando sus armas por el suelo.

— ¿Cómo? ¿Qué pasa? ¿Los ha perdonado? ¿Los ha perdonado? ¿Los ha perdonado? — preguntábanse unos á otros con suma extrañeza los plebeyos romanos, cual si no viesen lo que sucedía y necesitaran confirmarlo por aquellos que se hallaban cerca, más confiados en las ajenas voces que en los propios ojos.

— ¡Sí, sí! — decían los más.

— ¡Abracémonos! — exclamaban los gladiadores casi redivivos tras haber estado tan cerca de la muerte.

Y se abrazaban unos á otros con transportes de júbilo, muy gozosos de haber escapado á la triste necesidad de matarse sin aborrecerse y cumpliendo superiores mandatos imperiales.

— ¡Cómo! ¿Con que no se matan? — preguntaban los de un lado á los de otro.

— No se matan — decían muchos.

— ¿Y para eso nos han llamado y reunido? — vociferaban en voz alta los más empeñados en presenciar la fiesta.

— ¡No les tengamos compasión! ¡Azucémoslos, azucémoslos!

— ¡Al combate, al combate! — gritaban muchísimos en tono feroz y á compás.

— ¿Y nos han hecho venir de Roma para esto? — clamaban unos.

— ¡Nos han engañado! — añadían otros.

— ¡Que luchen y mueran! — gritaban los más.

— ¡El César nos ha perdonado! — decían las aparejadas víctimas.

— ¡Y nosotros, que nunca gozamos de tales fiestas, cuando tenemos á la vista una se nos desvanece como un sueño! — exclamaban los campesinos.

— ¡Al combate, al combate! — gritaba el pueblo anheloso, con las narices abiertas en demanda del hedor sanguíneo que despiden estas cruentísimas luchas.

— Si no se matan ellos — dijo Agripina verdaderamente aterrada, — si no se matan ellos en presencia del pueblo, nos mata el pueblo á nosotros, nos mata.

— ¡Degüéllalos! — decía Nerón á Claudio, no obstante hallarse allí cerca su joven esposa Octavia y no lejos su joven querida, la predilecta y feliz Acté.

— ¡Perdónalos! — decía Británico, dirigiéndose á su padre con las manos juntas y los ojos arrasados de lágrimas.

— Si los perdono á ellos, me asesina el pueblo á mí — contestaba Claudio.

— ¡Perdónalos, que bien lo merecen — decía Narciso — por lo mucho que han trabajado y padecido en la colosal empresa!

— Mira, Claudio, ¿puede la traición verse más potente? — preguntaba la implacable Agripina.

— ¿Cómo? — preguntaba Claudio muy distraído de la conversación y muy absorto en aquel tremendo incidente. — ¿Cómo?

— ¿No lo ves? — decíale su mujer.

— No veo nada — respondía él.

— No ves tú aquello que no quieres ver — decíale Agripina.

— Como tú lo echas todo á mala parte — replicaba Claudio, — yo tengo que echarlo todo á buena. Nada malo veo en la natural compasión de Narciso por esos desdichados, que los ha comandado mucho tiempo, y menos todavía en la compasión de Británico, que se interesa por todo el mundo.

— Lo que quieren ellos es que aquí nos maten á ti, á Nerón, á mí, sobre todo, y alzarse con el Imperio.

— No seas malpensada — dijo Claudio.

— Tú serás muy bien hablado; pero so tu silencio, so tu indiferencia, so tu sonrisa, ocúltase un grandísimo malpensado, tan malpensado como yo misma.

— ¡Pronto al combate, á la muerte! — gritaban los espectadores con furor, ahogando los gritos y clamores de aquellos que pedían con anhelo gracia.

— Degüella — decía Nerón á Claudio, — degüella los rebeldes, y ten por cierto que un holocausto de tales víctimas ofrecido á nuestros dioses renovará los tiempos evocados por Homero, en que sobre las aras yacían humanas víctimas aceptas al Olimpo.

— ¡Déjame! — dijole Claudio irritado.

— ¡Con qué despego habla Claudio á Nerón y con qué amor á Británico! ¡Ya es hora de tomar una resolución extrema! — y rechinaba los dientes al decir esto Agripina.

— ¡Gladiadores! — exclamó Claudio, echándose personalmente con arrojo entre las huestes encrespadas como un marino que se arrojase al mar alterado. — ¡Gladiadores, no tenéis más remedio que combatir y perecer! Si yo estuviera solo, ya os hallaríais libres y sueltos.

— ¡Viva Claudio! ¡Viva Claudio! ¡Viva Claudio! — gritaban desafortadamente los infelices.

— ¡El pueblo manda en todo nuestro Lacio más que vuestro emperador! ¡El pueblo entero sin excepción os condenó á muerte!

— ¡Muera, muera el pueblo! — gritaban los gladiadores.

— ¡Matadlos, matadlos! — gritaba el pueblo.

— ¡Creedme! ¡Combatid, combatid! — deciales Claudio, yendo de uno á otro grupo y saltando de una en otra barca.

— ¡Combatid! — les decía Narciso, que se lanzaba con el emperador al peligro.

— Mira, Nerón — decía en su desconfiado natural á su hijo la emperatriz, — mira; Narciso manda más que Claudio, vale más que Claudio, puede más que Claudio.

— Pero, madre mía, cuando te presentas tú, lo borras todo en el ánimo de Claudio, como la luna llena borra los astros que se han aprovechado del crepúsculo y sus sombras para brillar un minuto en lo infinito. No estés recelosa.

— ¿Qué fuera de ti, Nerón, qué fuera sin Agripina?

— Ya lo sé. Por lo mismo que tu poder es tan grande, no debes temer á ningún otro ni recelar de nadie.

— ¡Gladiadores! — decía Claudio, — ¡gladiadores, si peleáis, podéis todavía salvaros algunos; si resistís, moriréis todos! Algunas voces siniestras piden que os descabece sin excepción de uno solo si persistís en vuestra insensata resistencia. Cuando la curiosidad insana del pueblo rey esté satisfecha, yo suspenderé la matanza, y los que mueran habrán redimido á todos; pero si decretamos el holocausto á las divinidades, creedme, no escaparéis uno solo.

— ¡Que mueran! — gritaba el pueblo. — ¡Que mueran!

— ¡Obedeced al emperador! Obedeciéndole, os perdéis algunos; desobedeciéndole, os perdéis todos.

— Tras el espectáculo, á los sobrevivientes — decía Claudio — les daré libertad y dinero.

— Pero ¿quiénes serán los sobrevivientes? — se preguntaban con ansiedad los unos á los otros, condenados todos á muerte.

— ¡Obedeced, obedeced! — les decía Narciso, corriendo de grupo en grupo y hablando con todos los corifeos.

— ¡Obedezcamos! — dijeron por fin rendidos á la influencia ejercida sobre sus ánimos por aquellos á quienes consideraban sus dueños.

En pocos momentos el combate se dilató por todas partes. Los mismos que minutos antes no querían pelear, abalanzábanse unos contra otros, como si toda la vida se hubieran aborrecido de muerte y se hubieran buscado para matarse. De pronto reinó un silencio profundísimo. Después el son de las armas estalló como un trueno fragoroso. Tras el son de las armas, al apercibirse para combatir, vino el cruce de las armas comenzando el combate. Siguió á este rumor estridente un resuello parecido al que dan los volcanes cuan-

do estallan las erupciones enormes. Tras los resuellos los quejidos, los estertores tras los quejidos, el último aliento tras los estertores. Con estos ecos horribles se mezclaban imprecaciones de odio y alguna que otra maldición infernal, arrancada por el dolor y por las heridas al corazón en el momento y hora de romperse y separarse las tristes almas de los malheridos cuerpos. Y el cielo brillaba serenísimo, y los montes transfundían sus claros manantiales al valle, y las auras jugueteaban en alegres giros, y los árboles sacudían sus frutas en el suelo como levantaban á lo alto sus aromas, cual si nada en torno suyo sucediese y no se perpetrara un crimen horrendo dentro de sus senos. Pero al fin la Naturaleza estaba indiferente; mas los hombres regocijados. Como si no perteneciesen á la Humanidad aquellos romanos, en su pecho endurecido por la servidumbre no entraba el más humano de todos los afectos; no entraba la compasión. Ni siquiera por egoísmo se acordaban de que hombres eran y podían, como aquellos hombres, encontrarse para su desgracia en una situación semejante á la situación suya. Ni las agonías y la muerte de sus predecesores, ni las desgracias aparejadas por la común humana contingencia sobre sus herederos, les movían á considerarse como maltratados en sus semejantes por aquellos combates y heridos por aquellas heridas. Diríase que se trataba de bestias y no de hombres. Cuando la sangre había teñido el agua, cuando los montones de cadáveres se habían apilado sobre las áureas naves parecidas á carnicerías flotantes, cuando el pueblo se había cansado de tantos horrores apenas creíbles, dió Claudio la señal de que cesara el combate; y cesó el combate, no sin que hubieran perecido la mayor parte de aquellos infelices.

Entonces comenzó el festín que debía concluir la fiesta, comenzó el banquete. Los espectáculos dados por el imperio despedían muchas enseñanzas; y estas enseñanzas conducían á reflexiones acerca del cambio de las ideas y de las cosas, como las que hacían de continuo en sus conversaciones Pola, Persio, Lucano, Séneca, los cuales, en efecto, como Agripina decía con tanto motivo, comenzaban por un poema y concluían por una conspiración. Mientras los incidentes del combate se desarrollaban, como hemos visto, los cuatro disertantes departían acerca de las causas que destruyeron

el régimen republicano y generaron el régimen imperial, objeto continuo de sus conversaciones.

— La usura, como una lepra — exclamaba Lucano, — se había comido hasta el tuétano de la Ciudad Eterna. El dinero, exagerando su poder, se había expuesto á todas las contingencias de una revolución social. La mayor parte de los propietarios se alimentaban de los expropiados. Véanse por aquí las víctimas de las guerras civiles con la escualidez propia del hambre; por allí, los veteranos de Sila completamente arruinados, á pesar de haber á todo el mundo empobrecido; por allá, los nobles triturados en su fortuna y venidos á la mendicidad entre las facciones desencadenadas y combatientes; dentro de la ciudad, mil mártires de todos los principios heridos por todos los desastres; en torno de la ciudad las tribus de italiotas demacradas y miserables; por los desfiladeros, el pastor salvaje y nómada que cuida rebaños sin dueño y acecha al viandante para secuestrarlo, formando verdadera nube de bandidos; y allá, en lo más hondo y más terrible de los abismos sociales, el gladiador, cazado como una bestia feroz, adscrito como un cliente necesario á todos los jefes de facción y dispuesto á matar sin saber por qué ni á quién, pues hartó le constaba como él solamente debía pensar en morir divirtiendo los ocios del pueblo romano é inmolándose á sus menores caprichos. Saturnino, tribuno, había hecho lo mismo que los Gracos, proponer la ley agraria para ocurrir á tantos males. Pero Mario, en su inexperiencia política, le dejó inmolar tristemente por mano de los caballeros. La cólera de sus enemigos le persiguió allende la muerte, y guardar el busto suyo fué considerado como un delito de lesa Roma. Naturalmente, las injusticias de los ricos engendraron las violencias de los pobres. Todos los arruinados buscaron una personificación, y esta personificación se llamó Catilina. Naturaleza de combate, no busquéis en ella la conciencia, buscad la fuerza. Vida manchada por todos los vicios, no busquéis en él sino todos los reptiles que anidan en todas las ruinas. Empobrecido, parte por una fatalidad inevitable, parte por sus desórdenes personales, cayó en el desprecio universal, y este desprecio le precipitó en la irreparable infamia. Todos los infames le siguieron, y como todos los infames le siguieron, acabaron por generar en torno suyo una leyenda tal de horrores, que ha trascendido á la historia

y ha llenado todos los tiempos. Beberíase mucho vino en sus nocturnas orgías: las gentes, sin embargo, aseguraban á una que dentro de humano cráneo, en aquellos conciliábulos misteriosísimos, se bebía, danzando, mucha sangre. Los propietarios le veían ya despojándolos de su hacienda, los logreros de sus rentas. El senador se lo figuraba invadiendo el Senado y la mayor parte de las gentes quemando por sus cuatro extremos la ciudad. Quién decía que los conjurados asesinaban por no perder la costumbre del asesinato; quién que había Catilina por sí mismo degollado, para obtener la mano de una dama, la cual no quería hijastros, á su propio hijo. El terror puso á Cicerón en el Consulado. Este cónsul elocuentísimo no creyó escudo bastante fuerte su elocuencia ni arma de harto alcance, y se ciñó una coraza y armó á todos sus partidarios. Catilina, perseguido y acosado, se fué diciendo que alimentaban contra él un incendio; mas que de seguro extinguiríalo él bajo escombros. Cicerón, á quien había faltado ánimo para enconar la guerra, lo recibió prestado por su esposa Terencia. Los partidarios de Catilina fueron estrangulados todos en las gemonías romanas. Terencia demostró una vez más cómo pierde la mujer sus virtudes cuando se adscribe á una fracción cualquiera y entra en los torbellinos de la política y de la guerra. Catilina se refugió en Etruria, y allí le buscaron las legiones de Roma. Cayó vencido, pero cayó combatiendo. Aunque sólo pudo armar la cuarta parte de sus partidarios, con ellos alcanzó la honra difícil de una heroica muerte. Cicerón se creyó un héroe por su fácil victoria, é hizo decir á la poesía que desde aquel entonces las armas, hasta en la guerra, se habían visto sustituidas por las togas. Un rebujo del partido de Catilina fué Clodio, y digna esposa de Clodio fué Fulvia.

— Muchas mujeres — dijo Pola — pertenecieron á la facción de Catilina; todas aquellas que se habían precipitado en el vicio. Las matronas faltas de hermosura juvenil y constreñidas á ganarse amantes por dinero, las muy á la moda y lujosas que gastaran en cosméticos sus fortunas, las de vida libre y reputación mala tocando en la prostitución, constituyeron junto á la torpe legión de aviesos demagogos otra legión femenil no menos disipada, no menos guerrera, no menos cruel, no menos vengativa. Por tanto, aquellas mujeres instigaban á sus correligionarios y cofrades para que per-

siguiesen terriblemente y con crueldad, no solamente las ideas y las pasiones públicas á sus ideas y á sus pasiones opuestas, sino también los hechos particulares y privados, más en la vida y más en la jurisdicción de una mujer. Fulvia estaba entre todas ellas, y como estaba entre todas ellas, tenía naturalmente adquirido un odio á Cicerón, llamado por los caballeros á la defensa de Roma contra Catilina. En la noche siniestra del castigo dado á los catilinaros, inmolidos con una indiferencia semejante á la que usa y emplea el carnicero en sus matanzas, Fulvia sufrió mucho, no solamente viendo perdidas las esperanzas que suelen librarse á la exaltación y victoria de un partido, sino viendo soberbias y orgullosas las matronas romanas en coro y en concierto subir á las alturas de sus casas

con luminarias de regocijo en las manos para celebrar el triunfo de Cicerón. Desde aquel día data la inquina de tan hermosa mujer contra el retórico de los Rostros. En los conciliábulos catilinaros debió conocer á Clodio Fulvia.

— Me parece que sí — exclamó Persio, — terciando en la conver-

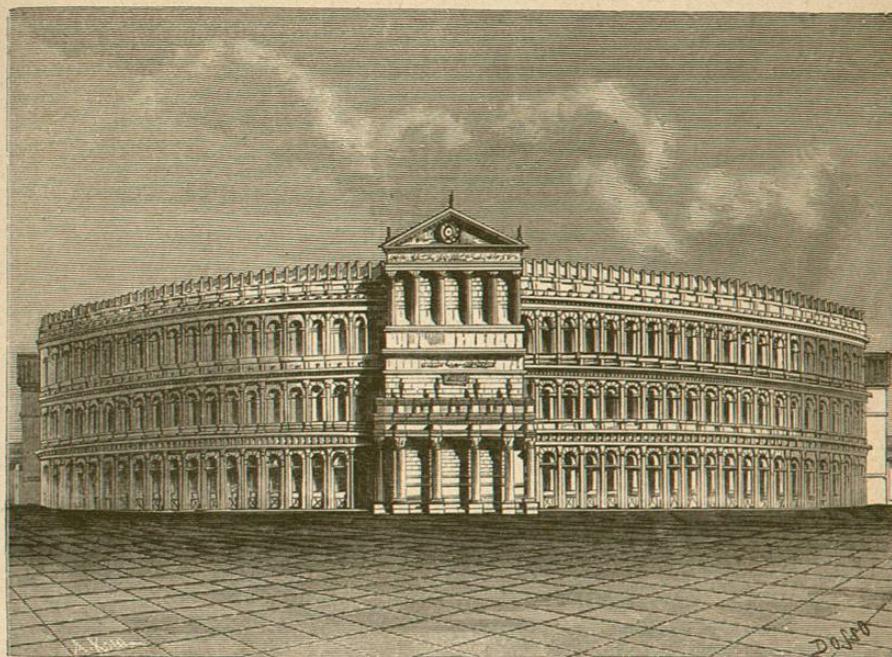


Cicerón

sación. Este Clodio no pertenecía ciertamente á la plebe, ni mucho menos estaba, como el jefe de su partido, Catilina, pobre y arruinado. Ilustre nombre le distinguía entre los demagogos y rica fortuna le daba medios sobradísimos de allegarlos y tenerlos completamente á su merced y arbitrio. Había, pues, aborrecimiento político en Clodio á Cicerón, que representaba los mayores enemigos de la demagogia, los caballeros ó burgueses. Pero había más que odio aún político, había odio particular. Su hermana Clodia se prendó perdidamente de Cicerón, y quiso que la reconocieran y la llamaran su esposa. Sabido esto por la mujer de Cicerón, Terencia, movió á su esposo contra los Clodios, y caído el tribuno entre las redes múltiples de los compromisos naturales en su situación y de las supersticiones anticiceronianas que las mujeres de su partido le imbuían, consagró un odio implacable al gran orador. Cicerón, que recibía como buen orador en sus nervios todas las impresiones del mundo exterior y que no estaba muy acostumbrado á callárselas, arremetía contra Clodio por sus ideas y también por sus mujeres. Imaginaos la cólera de Fulvia y Clodia, tan susceptibles y nerviosas como todas las mujeres, al verse por la lengua del orador mordidas en su corazón. Eran dos furias de cólera y de venganza. La vanidad propia de Cicerón, que no quería reconocer superioridades ni privilegios de ningún género en los dos gobernadores romanos por aquella sazón, en los dos que le habían sustituido tras su consulado, en César y en Pompeyo, generó el odio de ambos al orador y les llevó á soltarle sin piedad la persona de Clodio como se suelta el perro y el halcón contra la caza. Quisieron erigirlo tribuno del pueblo; mas era patricio, y el tribunado perteneció siempre á la clase plebeya. En tal apuro hicieronle adoptar por un plebeyo. Clodio acusó á Cicerón. El objeto de sus acusaciones insidiosas no era tanto la defensa de leyes más ó menos respetadas entonces como la perdición del cónsul su enemigo. En efecto, la ley semproniana daba garantías al ciudadano para que no fuese cosa fácil inmolarlo impunemente con crueldad en aquellos cambios de la política y en aquellos flujos y reflujos de las pasiones. Cicerón, arrastrado por el vértigo de la defensa contra Catilina y los suyos, había hecho matar á varios hijos de Roma sin más autoridad que una vaga y simple autorización del Senado. Clodio se creyó en el

caso de acusarlo y de perderlo. Su acusación alcanzó tales efectos, que Cicerón, la inteligencia y la palabra de Roma, se vió por fuerza obligado á dejar la ciudad y á partirse triste, proscrito.

— La mayor anarquía reinaba en las costumbres — dijo Lucano, corroborando lo que aseguraba su amigo Persio. — Pompeyo habíase propuesto gobernar á Roma sin soldados y con leones. Así lo digo



Teatro de Pompeyo

al comienzo de mi *Farsalia*. En su estrechez de miras creía que le bastaba para licenciar muchos veteranos traer muchas fieras. El pueblo deliraba viendo en el circo los leones africanos con las gudejas doradas, y ofrecía en cambio aplausos al general, pero pidiéndole que no le molestase de ningún modo en sus gustos y le dejara vivir á su grado. El gran Pompeyo, como se llamaba él á sí mismo soberbiamente, podía dominar en los últimos límites de los dominios romanos, pero no en las calles de Roma. Hervían por todas ellas las pasiones más anárquicas. Los circos, los teatros henchíanse de gentes ociosas, acostumbradas á los regocijos y á los espectáculos. Entre los coros, entre los címbalos, entre los actores, en medio de las fiestas más orgiásticas, deslizábanse demagogos siniestros